

Economía de mercado contra sociedad de mercado

JESÚS BALLESTEROS

CATEDRÁTICO EMÉRITO DE FILOSOFÍA DEL DERECHO Y FILOSOFÍA POLÍTICA
 UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
 GRUPO DE ESTUDIOS SOCIALES E INTERDISCIPLINARES
 (GESI - FUNDACIÓN UNIVERSITAS)
 www.fundacionuniversitas.org

Buena parte de los males actuales son debidos al hecho de que vivimos en una sociedad de mercado, pero no en una economía de mercado. Que vivimos en una sociedad de mercado es algo obvio. Hoy día todo se considera negociable, susceptible de transacción, y por ello la palabra intransigente tiene una carga completamente negativa, lo que implica la negación de los bienes no susceptibles de negociación como la vida o la dignidad humana, y en definitiva, los derechos humanos.

Por ello se acepta como inevitable el Plan de Ajuste Estructural que hoy imponen los mercados financieros sobre el Sur de Europa, como en décadas anteriores lo impusieron en América Latina o en África. Lo que hace que ocho países europeos tengan una deuda pública que excederá el 100%. Los datos del Eurostat sobre los porcentajes de deuda del PIB de algunos Estados son los siguientes: Grecia deberá a fin de año 174,9%, Italia 133,8%, Portugal 129,4%, Irlanda 116,7%, Chipre 112,2%, Bélgica 105,1%, España 100,3%, y Francia 100%. ('El Economista', 1 de febrero de 2015)

No se permite considerar que el altísimo nivel de endeudamiento de los pueblos del Sur de Europa se debe por un lado al rescate de las entida-

des financieras, y por otro, a las apuestas contra los bonos de los Estados soberanos a través de los CDS ('Credits default swap'), apuestas que empiezan a partir de los 10 millones de dólares y que comercializan sólo los 11 grandes bancos mundiales, y que son auténticas armas de destrucción masiva (como reconoció Soros, buen conocedor de los mismos), ya que pueden ser adquiridos sin poseer los bonos, cuyo riesgo teóricamente quieren cubrir. Estos CDS son los responsables de la subida de la prima de riesgo.

Quizá para compensar este nivel brutal de endeudamiento, la Unión Europea obliga a computar dentro de PIB, a las actividades relacionadas con la prostitución, ciertamente muy lucrativas, cuando es sabido que el 90% de este tipo de transacciones tienen que ver con la explotación y la esclavitud de las mujeres.

Se está pendiente de las cotizaciones de bolsa como si fuera el único absoluto. Por ello la fide-

dad o la lealtad son objeto de mofa actualmente porque no hay nada que refleje mejor la deslealtad y la infidelidad que las operaciones bursátiles, que se mueven en el nanosegundo.

Por el contrario no vivimos en una economía de mercado. El principio fundamental de ésta es el de la igual responsabilidad de los agentes económicos. Y naturalmente esto no rige en las sociedades actuales, ya que los más poderosos no son responsables, de acuerdo con el principio de 'too big to fail' ('demasiado grande para caer'), que ha forzado

a rescatar a las entidades financieras al mismo tiempo que éstas estafaban a sus clientes, y les dejaban sin vivienda.

¿Qué puede hacerse ante este espectáculo? En la Unión Europea hay una prioridad elemental: la derogación del artículo 123 de Lisboa, anterior 104 del Tratado de Maastricht, que impide la financiación directa de los Estados, de las empresas y de las familias, ya que todos deben pasar por la mediación de los bancos. El Banco central europeo entrega a los bancos el dinero actualmente al 0% de interés y éstos pueden prestarlo, a un interés mucho más elevado en función de las apuestas CDS que le hayan dirigido los mercados. Realmente bochornoso. Los Estados rescatan a los bancos, con el dinero de los contribuyentes, y los bancos después les cobran un interés de cuantía notable según



:: LP

la prima de riesgo, derivada de los CDS.

No hay salida para la crisis europea si no se recupera la soberanía monetaria, es decir, si no vuelven a ser los Estados los que crean el dinero. Por tanto, una de dos: o se va en serio hacia los Estados Unidos de Europa, con una unidad monetaria respaldada por la unidad fiscal, o hay que declarar periclitado al euro como moneda para todos. No tiene sentido una moneda que no tenga tras de sí un Estado o, mejor dicho, la moneda de todos no puede ser la moneda de uno solo de los Estados. El euro no puede ser sólo la moneda de Alemania, como lo era el marco, al que ha reemplazado.

Pero para dejar de estar arrodillados ante nuestros acreedores, se requiere, como condición previa y más importante, abandonar la idolatría del dinero, como no cesa de repetir el Papa Francisco, el que mejor ve —en mi opinión— la extrema gravedad de la hora presente. Si absolutizamos lo que es sólo relativo, acabamos siendo sus esclavos.